

**Nigel GOOSE y Katryna HONEYMAN (eds.), *Childhood and Child Labour in Industrial England. Diversity and Agency, 1750-1914*, Surrey, Ashgate, 2013, 358 pp.**

Desde que en los años sesenta Philippe Ariès publicó su tesis de que la infancia era una invención moderna, no pocos han criticado esta visión argumentando que, en realidad, la infancia apenas había cambiado a lo largo de los siglos y que la relación paternofamiliar siempre se había fundamentado en el cariño. Para otros, el verdadero cambio tuvo que ver con que los niños pasaron de ser concebidos como parte de la población activa a sujetos económicamente dependientes.

Alejada de estas visiones pesimista y optimista que han servido para enfocar la relación entre infancia, industrialización y trabajo infantil, la obra reseñada explora nuevas perspectivas metodológicas con una clara vocación interdisciplinaria. Y lo hace partiendo de dos premisas que, a modo de *leitmotiv*, contribuyen a cohesionar una colección de estudios firmados por autores tan variados como lo son los objetivos de sus investigaciones. Es decir: *agency*, o lo que es lo mismo, visualizar a los niños como partícipes del cambio histórico (rechazando el papel de víctimas explotadas o sujetos pasivos del proceso industrializador), y *diversity*, término que hace referencia a las dimensiones y diferencias culturales, sociales y geográficas del trabajo infantil.

El presente volumen se divide en una introducción y trece capítulos que abordan aspectos muy diversos sobre la infancia y el trabajo infantil en Inglaterra entre 1750 y 1914. Así, A. Levene se ocupa de la relación entre pobreza y aprendizaje y analiza en qué medida las organizaciones benéficas del XVIII en Inglaterra contribuyeron a modificar el estatus de los niños mediante la formación profesional, resaltando el valor que tenía la adquisición de «capital social» o de conexiones sociales con resultados económicos beneficiosos.

Por su parte, K. Honeyman, J. Humphries y N. Sheldon se ocupan en sus respectivos capítulos del cuidado institucional de la infancia. La primera afirma que las condiciones laborales de los aprendices de las parroquias —considerados tradicionalmente el núcleo duro de la «explotación» infantil en las fábricas de principios del XIX— eran comparativamente mejores que las de los niños «libres». Y no solo eso, sino que estaban lejos de ser unas víctimas pasivas del sistema, y que ejercían un control importante sobre sus propias vidas. Tras recurrir al material autobiográfico de los siglos XVIII y XIX,

J. Humphries analiza cómo valoraban los niños su paso por las instituciones asistenciales y cómo contribuyeron estas en la desregulación del mercado de trabajo y en la explosión del trabajo infantil. Asimismo, resulta brillante su análisis de cómo las *workhouses* ofrecían un conjunto de servicios a los niños acogidos —formativos, materiales y espirituales— que al mismo tiempo les dejaban, paradójicamente, peor posicionados en la vida que sus compañeros no pauperizados.

N. Sheldon sostiene que, a pesar de su distinta tipología, todos los centros asistenciales compartían un idéntico objetivo: apartar a los hijos de los pobres del crimen y moralizarles a través del trabajo, para salvaguardar los fundamentos del sistema. Asimismo, para dicho autor, la separación de los niños de sus familias y su encierro en grandes instituciones habría sido uno de los pilares de la *New Poor Law*, aunque este método dificultara posteriormente su reinserción en la sociedad tras su puesta en libertad.

Asimismo, N. van Manen y K. Gleadle analizan las voces —*agency*— de los niños en el espacio público. El primero, tras estudiar el caso de los aprendices de deshollinador procedentes de determinadas parroquias londinenses del XIX, se pregunta en qué medida la voluntad de los niños determinaba su propio futuro. Tras analizar la interrelación entre políticas, legislación, prácticas y actitudes, dicho autor opina que aunque algunas leyes exigían como requisito conocer públicamente la voluntad de los niños para trabajar en según qué sectores, sus intentos de *agency* necesitaban, en definitiva, algún tipo de apoyo de los adultos para prosperar. Sin embargo, en su estudio sobre el rol de los niños en la campaña del *Ten Hours* de 1833, K. Gleadle muestra que los pequeños proletarios, lejos de limitarse a cumplir un papel secundario, tuvieron una presencia muy activa en dicha campaña e, incluso, individualmente, algunos de ellos emprendieron protestas concretas con un gran impacto dentro de la campaña por las diez horas.

Los capítulos de P. Kirby y N. Goose analizan la diversidad del trabajo infantil y sus condiciones —*diversity*—. Partiendo del trabajo de campo realizado entre los años 1840-1842 en el sector minero por la Children's Employment Commission, P. Kirby subraya las diferencias cuantitativas en el tipo de ocupaciones de los menores, sus edades de acceso a las mismas y su división por sexos. Todo ello resaltando las diferencias regionales que podía haber, incluso, dentro de una misma industria. Firme defensor de adoptar una perspectiva local y/o regional, N. Goose analiza el ejemplo del condado de Hertfordshire para concluir que la diversidad, sin más, fue la principal característica del trabajo infantil en el periodo victoriano. Así, rechazando cualquier explicación monocausal, Goose argumenta que el cambio tecnológico, la introducción de la educación obligatoria, la legislación, el crecimiento de los salarios reales, los cambios económicos inespecíficos o las distintas actitudes de los padres, pudieron ser, todas ellas, razones de peso en el declive del trabajo infantil, el orden de las cuales variaría en función de la particularidad de los territorios estudiados.

S. Wright y C. Creighton abordan, por su parte, la función que tenía la educación de los pobres. La primera se centra en los intentos de promover la educación moral en las escuelas elementales inglesas de finales del XIX y principios del XX y su relación con la pobreza urbana. En una sociedad en transformación como aquella, para Wright la

educación moral de los niños pobres tenía como objetivo corregir los malos hábitos que estos aprendían en sus propias casas, mejorando, así, las actitudes y comportamientos de las clases subalternas. Sin embargo, como concluye dicha autora, los resultados de los intentos de moralización a través de la escuela fueron inciertos debido, principalmente, a la falta de implicación de las autoridades públicas.

Desde un plano discursivo, N. Goose analiza cómo los supuestos derechos «inalienables» de la infancia —la educación entre ellos— se extendieron a los pobres en el marco de los debates de los años treinta y cuarenta del siglo XIX en la campaña de las *Ten Hours*. Así, dicho autor reivindica la importancia de los discursos obreros en el reconocimiento de dichos derechos, rompiendo, por tanto, el monopolio de los reformistas de clase media, y afirma que este reconocimiento fue el resultado de un proceso dialéctico marcado por la lucha de clases. Sin embargo, el grado de reconocimiento de los derechos de la infancia fue menor que el esperado por el *Ten Hours Movement*. Así, el derecho a la educación de los niños pobres fue concebido más como un remedio para frenar los intentos revolucionarios vinculados a la ignorancia de las masas que como una necesidad intrínseca de los niños.

Por otro lado, el presente volumen incluye temáticas siempre sensibles y controvertidas, como los abusos sexuales sufridos por los menores, sobre todo las niñas. Recurriendo a los procesos judiciales por violación o intento de violación bajo la jurisdicción de Old Bailey entre 1694 y 1797, S. Toulalan enfatiza la estrecha relación entre dichos abusos, las circunstancias sociales y las edades de determinadas niñas, generalmente de las clases subalternas, cuyas voces premeditadamente silenciadas —o, lo que es lo mismo, desprovistas de *agency*— y la falta de empatía hacia ellas suponían un claro agravante de su delicada situación.

Asimismo, cabe mencionar algunas propuestas muy innovadoras, como el capítulo de C. Rose, autora que analiza los cambios en la indumentaria y su posible relación con el nuevo estatus y el orgullo de los niños al convertirse formalmente en trabajadores. Recurriendo a las fotografías de los niños de Barnardo's (finales del siglo XIX y principios del XIX), Rose muestra que, aunque la nueva condición de trabajador mejoraba su estatus dentro del hogar, lo que los niños ganaban era administrado por la madre. Esto explica, entre otras cosas, que los cambios en la indumentaria de los niños trabajadores no respondían solo a su voluntad individual —*agency*—, sino también a las estrategias de las familias.

En su conjunto, el libro aspira a superar la vieja historia de la infancia, basada en cómo los adultos veían a los niños, por otra donde estos asumen un papel activo y nos muestran cómo concebían —y contribuían a forjar— su propia identidad. Sin embargo, serán necesarios futuros esfuerzos colectivos para profundizar en la diversidad del trabajo infantil —limitada en el presente libro al caso paradigmático de Inglaterra— y ahondar en dos aspectos básicos de dicho trabajo que son tratados de forma tangencial en la presente obra y en otras: la división sexual del trabajo desde la infancia y la dimensión salarial del trabajo de los niños y su importancia para las economías domésticas.

MARTÍN ITURRALDE VALLS  
Universitat de Barcelona